

La serpiente blanca

En el precioso Delta del Ebro, donde el agua del río abraza la tierra antes de llegar al mar, había un secreto muy antiguo. Las cañas se movían suavemente con el viento, los pájaros volaban bajito sobre los arrozales, y el gran Ebro serpenteaba tranquilo, como si contara historias a quien quisiera escuchar.

La gente del delta hablaba en voz baja de una criatura mágica que vivía cerca del río. Decían que, cuando la luna era redonda y brillante, se podía ver un brillo blanco deslizante entre el agua. Era la Serpiente Blanca.

No daba miedo. No era mala. Pero era misteriosa.

Contaban que la Serpiente Blanca guardaba un tesoro escondido en una cueva secreta bajo tierra. Muchos habían intentado encontrar aquella cueva, siguiendo las huellas, apartando juncos, mirando detrás de las grandes piedras. Pero la cueva nunca aparecía.

Y esto hacía crecer aún más el misterio.

Una mañana soleada, una niña del delta llamada Mar paseaba cerca del río. Le gustaba observar los cangrejos, oír el ruido del agua e imaginar que el viento le contaba cuentos.

De repente, vio algo asombroso.

Entre los juncos, algo blanco se movía muy lentamente.

Mar se quedó quieta. El corazón le hacía bum-bum, pero no de miedo, sino de emoción. La figura blanca salió algo más. Era grande, brillante y preciosa. Sus ojos brillaban como estrellas pequeñas.

Era la Serpiente Blanca.

Durante unos segundos que parecieron muy largos, se miraron en silencio. El viento se detuvo. Los pájaros se callaron.

La serpiente se acercó un poco más cerca. Mar notó que el agua hacía pequeñas olas a su alrededor, como si también estuviera nerviosa.

Entonces, de repente, la serpiente desapareció bajo el agua.

Mar parpadeó. ¿Había sido un sueño?

Aquella noche, no podía dejar de pensar en ello. ¿Y si el tesoro existía de verdad? ¿Y si la serpiente la había observado? ¿Y si la cueva estaba muy cerca?

Al día siguiente regresó al mismo sitio. Todo parecía normal. Demasiado normal. Los juncos se movían, pero de forma extraña, como si escondieran algo. Mar dio un paso adelante… y oyó un pequeño ruido bajo sus pies.

Crack.

El suelo vibró ligeramente. La niña se quedó muy quieta. Detrás de una gran piedra, apareció una luz suave y blanca.

Su corazón empezó a latir muy fuerte. ¿Era la cueva?

Miró a su alrededor. No había nadie más. Sólo el río, el viento y ese resplandor misterioso.

Entonces recordó las historias que contaban los abuelos: sólo quien tuviera el corazón sincero podría encontrar el tesoro.

Mar respiró hondo. Ella no quería ningún oro ni ninguna joya. Sólo quería saber el secreto y proteger ese lugar tan bonito.

La luz fue más intensa. La piedra se apartó lentamente, sin hacer ruido. Delante suyo se abrió una pequeña cueva subterránea.

Y ahí dentro, en medio de una claridad blanca, estaba la Serpiente Blanca.

Pero el tesoro no era como todo el mundo imaginaba.

No había monedas ni brillantes cofres.

Había semillas preparadas para plantar, agua cristalina que parecía cantar, pequeñas piedras que arrojaban luz suave y espigas doradas que olían a campo.

La serpiente levantó la cabeza y miró a Mar.

Sin hablar, la niña entendió el mensaje. El tesoro no era para quedárselo. Era para cuidarlo. Era la vida del delta, la naturaleza, el agua limpia, las plantas y los animales.

De repente, un fuerte ruido llegó desde fuera. Unos pasos corrían hacia la zona. Alguien más había visto la luz.

Mar sintió un pinchazo de preocupación. ¿Y si querían el tesoro para quedárselo? ¿Y si lo echaban a perder?

La Serpiente Blanca miró a la niña a los ojos. Y como si leyera sus pensamientos, la luz empezó a apagarse muy lentamente.

Cuando los pasos llegaron, sólo encontraron piedras, juncos y suelo normal.

La cueva había desaparecido.

Pero Mar aún estaba allí, con una pequeña sonrisa.

Ella había entendido el secreto.

Ese día prometió cuidar el río, no ensuciarlo y explicar a todo el mundo que el verdadero tesoro del Delta del Ebro era la naturaleza misma.

Y dicen que, desde entonces, cuando la luna está llena y el agua brilla como plata, puede verse una silueta blanca nadando tranquilamente por el río.

La Serpiente Blanca sigue vigilando.

Y sigue sintiendo los corazones.

Porque el mayor tesoro de todos no es el que se puede coger con las manos, sino el que se cuida con el corazón.